

"Política, epistemología y ética en la investigación social: reflexiones a partir de los estudios sobre sexualidades"

Conversación entre Silvia Chejter, Ana Lía Kornblit, Carlos Figari, Jane Bennett y Omar Acha¹.

Coordinador: Dr. Mario Pecheny.

11 de septiembre de 2009

Silvia Chejter, socióloga. Profesora titular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Autora de entre otros libros: *La voz tutelada. Violación y voyerismo* (Nordan, Uruguay, 1990); *La niñez prostituida* (UNICEF, Buenos Aires, 2000); *Feminismos latinoamericanos: tensiones, cambios y rupturas* (ACSUR, Barcelona, 2007). Editora de la publicación anual (1993-2003) *Travesías. Temas del debate feminista contemporáneo* y de varias compilaciones, entre otras, *El sexo natural del Estado* (Nordan, Uruguay, 1990); y de artículos en *Signs* (USA), *Recherches Féministes* (Canadá), *Das Argument* (Alemania) entre otras publicaciones académicas.

Omar Acha nació en La Matanza, en 1971. Es docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA e investigador de carrera del Conicet. Integra los colectivos editores de las revistas *Nuevo Topo*, *Amartillazos* y *Herramienta*. Próximamente aparecerá el primer volumen de su *Historia crítica de la historiografía argentina*.

Carlos Figari, Doctor en Sociología (IUPERJ/Brasil). Investigador CONICET/UNCa. Investigador Visitante del Grupo de Estudios en Sexualidades, IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Ana Lía Kornblit, Médica y Dra. en Antropología. Investigadora principal del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, del cual ha sido directora. Fue profesora titular de la asignatura Psicología Social en la carrera de Sociología de la UBA. Actualmente es co-coordinadora del Área de Salud y Población del Instituto Germani. Sus publicaciones más recientes comprenden textos acerca de metodología de la investigación social, juventudes y sexualidades.

Jane Bennett. Dra. en Lingüística (Columbia/EEUU). Directora del Instituto Africano de Género y Profesora de la Universidad de Ciudad del Cabo (Sudáfrica)

Mario Pecheny, Doctor en Ciencia Política, Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales e investigador del CONICET.

1 Omar Acha no pudo estar presente en la mesa de debate, y envió su participación previamente por escrito.

Pecheny: Bienvenidos a este espacio de debate y muchas gracias por participar de este encuentro de *Argumentos*, revista institucional del Instituto Gino Germani. Hoy los hemos convocado a partir de la propuesta de discusión sobre los ejes que les adelantáramos:

- ¿Cuál es la relación entre la experiencia biográfica de la/el investigador/a y la producción académica? El quid de la investigación nativa.
- ¿Hay una investigación militante? Objetividad y compromiso.
- Siempre que hablamos de otros, ¿hablamos por otros? ¿Cuál es la relación entre quien investiga y las/los sujetos investigadas/os?
- ¿Cómo se construye autoridad epistémica? ¿Qué es conocer otro/a sujeto/a? ¿Cómo juegan en este sentido las condiciones de producción del campo académico?
- Dimensiones sexuadas de la investigación implicaciones emocionales/eróticas ¿una cuestión ética?

Chejter: El tema alrededor del cual nos convocaron es **Política, epistemología y ética en la investigación social: reflexiones a partir de los estudios sobre sexualidades**. Para empezar tengo que decir que no soy investigadora en el campo de las *sexualidades*. Mis temas de los últimos años han sido la violencia sexual, y más específicamente las violaciones y la prostitución, con un enfoque feminista que articula investigación e intervención, con una preocupación (por citar una de las tantas) sobre la escritura, (cómo escribir, para quien, los circuitos de distribución).

Acepté muy complacida la invitación a este espacio, aunque, cuando me di cuenta que sólo tenía unos poquitos días, confieso que me asusté. Los temas son complejos y si bien tengo opiniones o posiciones tomadas, no siempre totalmente pensadas o elaboradas para ser escritas.

Vayan estas primeras líneas a modo de disculpa por este texto fragmentado, no siempre coherente y tal vez ni siquiera pertinente, aunque sí inspirado en otros textos, de mi gran maestra Françoise Collin, o de mi otro gran maestro, René Lourau, por la manera en que

entrelazaron la teoría, la investigación, la escritura y sus vidas personales y otros, que me resultan muy inspiradores como Soshana Felman o Nestor Perlongher, sólo por evocar algunos nombres significativos para mí.

Espero que estos apuntes, preguntas, evocaciones, les permita pensar, y les aliente a recordar y relatar cómo ustedes responden a los desafíos de la investigación.

He tenido en cuenta, al formular las preguntas, que estas reflexiones serán publicadas y que nuestro público son actuales o potenciales investigadoras/es y en este sentido dar cuenta de la "cocina de la investigación" creo que puede resultar inspirador, didáctico, interesante.

Hay una primer observación que quiero hacer con relación al título de esta convocatoria y a su relación con los ejes temáticos de la convocatoria a artículos para la revista.

El tema de la revista es "Salud sexual y reproductiva" y los ejes propuestos en la convocatoria a los artículos de la revista son los siguientes: *aspectos demográficos vinculados con la salud sexual y reproductiva; derechos sexuales; estrategias preventivas de patologías vinculadas a la sexualidad y a la reproducción; el discurso médico en salud sexual y reproductiva; educación sexual y promoción de la salud; capacitación de recursos humanos en salud sexual y reproductiva.* Mientras que el tema de esta convocatoria es política, epistemología y ética de la investigación social: reflexiones a partir de estudios sobre sexualidades. Y los temas orientativos son, entre otros *"experiencia biográfica y producción académica; investigación académica y militante; dimensión sexuada de la investigación, implicaciones eróticas y emocionales, etc.*

Entonces quería invitarlos a reflexionar sobre ¿Cuáles son las relaciones entre ambos planteos? ¿Si planteamos cuestiones de salud sexual y reproductiva es la manera de plantearnos la sexualidad o las sexualidades?. ¿Si hablar de patología, discurso médico, salud y salud sexual y reproductiva o aspectos demográficos (5 de los ejes) les **dice algo?** Más allá de que el comité editorial podría explicar esta elección, dado el marco de esta convocatoria me gustaría entonces invitarlos a

pensar como ven ustedes la relación entre los ejes de la convocatoria de la revista y los ejes que la coordinación definió para estas conversaciones.

Una segunda pregunta es ¿Cómo construimos nuestro 'objeto' de investigación? En este nuestro mundo, donde las imágenes son tan importantes, recuerdo una frase de Susan Sontag que dice "*Fotografiar es encuadrar y encuadrar es excluir*". ¿Qué dejamos dentro y que queda afuera de nuestras definiciones? A veces pienso en la etapa de construcción del corpus, y me pregunto cuánto se parece a la tarea del fotógrafo: iluminamos algunos aspectos, oscurecemos otros, como en la fotografía se manipula con el *photoshop*.

Y sobre este tema también quiero traer la siguiente frase: "La diferencia sexual conduce por un lado a el deseo y por el otro a la violencia" dice Shoshana Felman, en un libro que se llama *¿Qué quiere una mujer? Lecturas y diferencia sexual*". Esto me lleva a preguntarme casi maliciosamente cómo es posible hacer estudios sobre reproducción y sexualidad sino se incluye la violencia y alguna teoría de la subjetividad.

Respecto del primer punto planteado en los ejes, ¿Cuál es la relación entre la experiencia biográfica de la /el investigador/a y la producción académica? El quid de la investigación nativa. Esta pregunta me llevó a pensar en la elección de nuestro campo de trabajo, de los temas, de las preguntas que formulamos, y por supuesto todo lo que sigue (nuestras teorías, métodos, etc.). Y por supuesto me llevó a pensar en mi propia experiencia.

Volviendo al tema, sería muy ilustrativo conocer distintas modalidades de la relación entre lo biográfico y la investigación. ¿Pero qué es lo biográfico? Así como el feminismo no es una excrescencia natural de ser mujer, lo biográfico está muy mediado por cómo pensamos y cómo nos pensamos. Nuevamente traigo una cita de Shoshana Felman:

Convertir en personal no garantiza que la historia que narramos sea completamente nuestra o sea narrada con nuestra propia voz (...) **poniendo en juego la literatura, la teoría y la autobiografía** juntos a través del acto de leer y al leer en los textos a la vez nuestra diferencia sexual y nuestra autobiografía como pérdida (o ausencia)".

Invitaría a quienes de ustedes quieran compartir lo que piensan, lo que han elaborado o puedan elaborar sobre este tema

Para bajar a debates más didácticos, preguntas orientadoras podrían ser:

- cómo, a partir de qué hecho o circunstancia personal eligió su campo de investigación
- de qué modo el contexto político influyó en esa decisión
- de que modo sus lecturas, la "teoría" u otras lecturas marcaron su trayectoria de investigación
- si tuviera que elegir hoy su campo de trabajo, ¿haría la misma elección?
- qué reflexiones puede hacer hoy con relación a esa "elección."

Las siguientes afirmaciones son para que ustedes las confirmen o las desmientan. En muchos estudios:

- hay una tendencia a sanitizar la sexualidad (también a regularla, a controlarla, etc.) pero hablar de salud sexual invita a pensar un tema mucho más amplio, de una manera más reduccionista
- hay una tendencia a unir sexualidad y reproducción y esto generalmente va en detrimento de un concepto de sexualidad mas socio político (a veces leyendo algunas investigaciones me parece que todo la crítica feminista de los 70, todo el esfuerzo de separar la reproducción de la sexualidad, se va por la borda)
- no está claro de qué se habla cuando se habla de sexualidad ni siquiera está claro de qué se habla cuando se habla de salud sexual
- está ausente la dimensión económica
- está ausente la dimensión del placer

En relación con el punto **Reproducción, sexualidad y economía**, me gustaría invitarlos a pensar en la dimensión económica de la problemática. No conozco muchos estudios al respecto. Y a modo de disparadores transcribo fragmentos Estos dos fragmentos de Linda Gordon extraídos de su artículo "La lucha por la libertad reproductiva", (un texto de 1977, cuando el feminismo dialogaba /peleaba con el marxismo) que pueden resultar sugestivos para pensar la relación entre capitalismo y patriarcado y para llevar la reflexión a la mercantilización de

las tecnologías, de las personas, de la vida misma. El concepto de libertad reproductiva ha sido desplazado en los últimos años por el de derechos reproductivos. Sería interesante reflexionar sobre los modos de nombrar.

Lo que sigue son citas extraídas del texto de Linda Gordon.

“ El control de la natalidad es hoy una mercancía y como sucede con toda las mercancías en la sociedad capitalista avanzada, se nos ofrece de manera tal que no podemos siempre distinguir entre nuestra necesidad personal del producto y las necesidades definidas de antemano para nosotros por la política social” (Gordon, L. p.136)

“Aislar las luchas por la ‘liberación sexual’ aunque sea comprensible a la larga termina por debilitar estas mismas luchas: no sólo se detiene el desarrollo de la comprensión de todas las influencias sociales y económicas sobre la sexualidad sino que fracasa al tratar de cuestionar las fuerzas que corrompen el potencial sexual humano: la explotación de clases y la supremacía masculina” (Gordon, L., p.145)

Me voy a referir ahora al segundo y tercer punto de los ejes que prepararon los coordinadores:

¿Hay una investigación militante? Objetividad y compromiso.

Siempre que hablamos de otros, ¿hablamos por otros? ¿Cuál es la relación entre quien investiga y las/los sujetos investigadas/os?

Esto es lo que me dispararon esas preguntas:

La mejor manera de estudiar el callejeo es callejeando

El libro de Nestor Perlongher “La prostitución masculina”, del cual tomé algunos fragmentos, invita a reflexionar sobre varios de los temas que se han planteado en la guía: la relación entre quien investiga y las personas sujetas/os de la investigación; las implicancias emocionales y eróticas; las marcas que la experiencia imprime a resultados, etc. . La investigación de Néstor Perlongher da cuenta de un estilo, de una respuesta posible a estas preguntas. Claro que no la única y que Perlongher sintetiza así: “la mejor manera de estudiar el callejeo es callejeando” (Pag 19). Lo cito:

“Para establecer los contactos (itinerantes), solía ser tomado, -aún sin proponérmelo- como un cliente ocasional. (...) Para establecer esos

contactos, fue preciso respetar los 'rituales de interacción' propios del medio. Es decir, aún reconociendo a algún muchacho como miché, **no era técnicamente recomendable** abordarlo sin la ceremonia de miradas, gestos y desplazamientos que precede ritualmente los enlaces entre desconocidos en los circuitos del ligue homosexual"

Perlongher cita a Monique Augras:

"La codificación de las relaciones interpersonales en términos de circulación de dinero, o sea, a sustitución de las interacciones afectivas y emocionales por un sistema abstracto de compraventa, constituye precisamente una de las características de nuestra sociedad", (...) (la prostitución viril) "permite vislumbrar cierto estado singular de entrelazamiento donde códigos sociales y sensaciones corporales se agencian, barrocas transducciones que el capital lubrica. En su singularidad este negocio manifiesta **una modalidad de funcionamiento del deseo en el campo social, pasible de extenderse a otros territorios y articulaciones**, si, como quieren Deleuze y Guattari, 'existe el deseo, lo social y nada más". (pag 134). Finalmente Perlongher habla de los resultados: "Que un estudio sobre lo real lleve en su construcción las huellas de ese mismo real, debería provocar, quizás, antes **alivio** que vergüenza". Esto está en la Pag. 21 del libro.

Ahora quisiera referirme a la pregunta sobre investigación académica e investigación militante en el campo de las sexualidades. Objetividad y compromiso

Esta pregunta me lleva a plantear que las lógicas de la institución académica son tan férreas como las lógicas de la militancia. ¿Es posible navegar entre las dos aguas? ¿Quién puede dar cuenta de esta dialéctica?

No veo diferencia en cuanto a dichas lógicas y a la posición que tomemos frente a la investigación, en sexualidades o en cualquier otro tema. Lo que importa es si tomamos la dimensión política y ética que todos los temas conllevan. ¿Podemos escapar a la implicación? ¿Cómo funciona la censura? ¿La autocensura?

Cito a René Lourau: Sobre las implicaciones: (Las citas son de su libro El diario de investigación)

La relación con el informe final, transmisible y/o publicable, derecho de entrada a la ciudadela científica, es de tal modo interiorizada en sus normas institucionales que llega hasta determinar retroactivamente los procedimientos de investigación y de recolección de datos. No es suficiente decir "no veo sino lo que quiero ver". Hay que agregar: "No veo sino lo que quiero escribir". (implicaciones secundarias)

La relación con el informe de la investigación y la relación con el paradigma de la misma constituyen implicaciones secundarias, al no ser susceptibles de análisis para el investigador (individual o colectivo) en el momento mismo en que éste produce un acto de investigación. Las implicaciones primarias comprenden: a) la relación con el objeto de estudio; b) la relación con la institución y, primeramente, con la institución de investigación; c) la relación con el patrocinio y con el mandato social.

En su relación con la institución –de investigación, universitaria, patrocinadora, editorial- los escritos en ciencias sociales se construyen un estatuto, rechazando en la medida de lo posible las implicaciones más íntimas. (Lourau, R., p 15)

El punto sobre las "Dimensiones sexuadas de la investigación y sus implicaciones emocionales/eróticas ¿una cuestión ética? me lleva a preguntarme si realmente tenemos un lenguaje común o una misma definición del concepto de "dimensión sexuada". Dimensión sexuada puede remitir a la marca del cuerpo sexuado en el texto. Dimensión sexuada puede remitir a la política sexual, al poder sexual; puede remitir a conceptos definidos o enmarcados en una determinada teoría.

Los fragmentos y preguntas que siguen pretender dar pautas para una discusión en torno a este punto:

- Sería interesante que cada comentarista describa qué entiende "dimensión sexuada de la investigación" y como ha jugado en sus investigaciones.

- Juntar la dimensión sexuada con las implicaciones eróticas y emocionales no me parece lo más adecuado. En cierto sentido, me sorprende lo de implicaciones eróticas. Investigar sobre sexualidades está mediado por nuestros conceptos, por nuestras herramientas, nuestra metodología, nuestras técnicas. Es cierto que investigar es o puede ser

una práctica voyerista, pero de ahí a erotizarse con la investigación, hay una distancia.

- Sí, lo emocional. Que puede estar presente de varios modos. Desde la emoción más cruda y directa que provoca observar o documentar el dolor ajeno, hasta sentimientos, como por ejemplo la impotencia frente a ciertas problemáticas, que pueden convertirse en obstáculos serios a la investigación.

- Con relación a la emoción lo que me interesa preguntar es **qué hacer** con la emoción? Por ejemplo cuando queremos llorar, cuando sentimos impotencia, cuando queremos ayudar. ¿Cómo manejamos nuestras incomodidades? ¿Qué hacer cuando está en juego situaciones que de **no actuar** nos colocan en situaciones de complicidad frente a un abuso?

- ¿Cómo manejamos el poder en la relación investigador/a - investigadas/os? Me refiero a la que la situación de investigación es una relación estructuralmente jerárquica. Y esto va más allá de nuestra propia actitud personal. Sería interesante compartir experiencias en este campo.

La siguiente es una cita de Françoise Collin, (de su libro *Le différend des sexes*)

Fueran cuales fueran las posiciones adoptadas relativas a la realidad de uno y otro sexo, lo que es abandonado en esas tres corrientes, - feminismo universalista, feminismo de la diferencia y teoría queer- es la idea según la cual los sexos se ordenan según lo más y lo menos, lo superior y lo inferior. Que sean similares o constitutivamente diferentes, o aún que sean porosos, no pueden servir de fundamento a un orden desigual, la cuestión será la de saber cómo, a partir del orden desigual secular y existente todavía, poder superarlo.

La tarea es vasta en efecto. Y las medidas políticas adoptadas son a menudo ambiguas y discutibles ya que no necesariamente se controlan los efectos. La elucidación teórica deja sin definir la tarea ética y política: "¿Qué hacer?" no deriva automáticamente de una filosofía. (...) Más allá del trabajo de transformación de los derechos, más allá de las modificaciones que son objetivables, bajo ellas y de manera subterránea, **los desafíos existenciales, por no decir deseantes, subsisten.** No se

actúa sobre el deseo o sobre la elaboración simbólica por decreto. (Collin, F, p. 58)

La tercera pregunta que se formuló fue la siguiente: Siempre que hablamos de otros, ¿hablamos por otros? ¿Cuál es la relación entre quien investiga y las/los sujetas/os investigadas/os?

Esta pregunta me lleva a pensar en nuestros **dispositivos de investigación**, si el punto de partida fue una demanda, o no, en los códigos, en los efectos de nuestra intervención, en la restitución del producto de investigación, en los conflictos y desencuentros que se pueden producir en distintas etapas de la investigación, en la manera en que escribimos y para quien, etc.

Sólo para invitar a la reflexión voy a tomar un solo momento: el de la restitución, que está presente desde el principio: cuando planteamos a las personas que contactamos para una investigación, para qué la hacemos y qué vamos a hacer con los resultados.

Personalmente he tenido distintas situaciones problemáticas en esta etapa de la investigación. En un caso, el grupo que fue "objeto de la investigación, no autorizó la publicación del texto, a pesar de los acuerdos establecidos, de que se les iba a entregar el informe para que lo revisaran, de hecho así sucedió y hubo desacuerdo en el propio grupo acerca de hacer públicas o no ciertas situaciones). Esto generó también debates en el equipo de investigación, que compartí con investigadoras formadas y que no querían acatar la decisión del grupo de no publicar. Dado que la responsabilidad final era mía, decidí que era mejor no publicar). En otro fui yo misma quien decidí no hacer público un informe, sin que nadie interfiriera.

Propongo intercambiar sobre este punto a partir de experiencias concretas que hayan tenido en el **momento de la restitución**. (Recordar a Lourau: "No veo sino lo que quiero escribir")

¿Cuáles han sido en su propia historia profesional las formas concretas en que han restituido el conocimiento logrado a través de una investigación? ¿Cuáles han sido los problemas concretos, éticos, políticos u de otro tipo que enfrentaron frente a la restitución y el uso del producto de la investigación?

¿O prefieren dar cuenta de alguna otra etapa del proceso de investigación?

Esta es la bibliografía que cité:

Collin, Françoise, (1999) *Le différend des sexes*, Editions Pleins Feux, Paris, Francia. Felman, Shoshana, (1993) *What does a woman want?*, The Johns Hopkins University Press, USA.

Lourau René, (1989) *El diario de investigación*, Editorial Universidad de Guadalajara, México.

Perlongher, Nestor, (1993), *La prostitución masculina*, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires, Argentina.

Sontag Susan, (2006) *Sobre la fotografía*, Alfaguara, Buenos Aires, Argentina.

Acha: Quiero abordar la problemática propuesta en la discusión a partir de una elaboración de la cuestión de la objetividad, la perspectiva y la apelación a la experiencia. Me parece que esta última noción es la clave para refigurar un debate que no logra su filo político-intelectual sino hasta que interviene en la discusión epistemológica. Entonces, este texto consta de dos partes: la primera expone sucintamente la discusión de Donna Haraway sobre el objetivismo y la apuesta feminista de una perspectiva cognitiva y políticamente dialéctica; la segunda, a propósito de un conocido escrito de Joan W. Scott, intenta mostrar el lugar de la experiencia en la problematización del conocimiento estratégicamente comprometido. Finalmente se proponen algunas conclusiones sobre la ética del saber en el campo específico de los estudios críticos sobre la sexualidad en el mundo contemporáneo. Como mis lecturas están fuertemente ligadas al campo historiográfico, se verá que en varios momentos de mi argumentación se utilizan textos pensados para un examen crítico de la historia; con todo, ensayaré una prolongación para una tematización más amplia en el territorio "confuso" de las ciencias sociales y humanas.

No estoy seguro de haber logrado amenguar la aridez usual de la entrada epistemológica elegida; si así fuera estaría aún preso de la evasión emocional que pretendo discutir y que incita a una versación postfreudiana en estos debates. Mi primera inquietud consistió en abordar las interrogaciones propuestas por el GES para nuestra conversación, pero pronto percibí que para tomar tal o cual posición, mi ubicación era llamativamente arbitraria, pues esta residía en un concepto no examinado

de "experiencia". Es difícil pensar que la mirada propia pueda ser interesante para otras miradas. Las reacciones o estrategias ante la vacilación del reconocimiento, es decir, la duda sobre la validez de la propia palabra no puede ser resuelta con invocaciones a la experiencia inmediata (tales como: "yo milité durante x tiempo en esta causa", "yo puse el cuerpo", etc.). Entonces me pareció más útil analizar, incluso en el breve espacio disponible, las circunstancias conceptuales que habilitan las respuestas a las aludidas interrogaciones.

En un bien conocido artículo de 1995, Donna Haraway ha planteado una crítica del objetivismo científicista. Su argumentación constituirá nuestro punto de partida. Haraway examina la convicción instituida sobre la exterioridad entre el objeto de conocimiento y el "sujeto" que conoce como precondition de la verdad de un saber. Lo interesante de su propuesta es que no abandona el valor de una serie de conceptos como científicidad y objetividad. En su proyección feminista del tema, Haraway reconoce su parcialidad, desde la cual, antes que apelar a una *epojé* respecto de las deudas con nuestro ser-ahí, afirma que sólo mediante el carácter situado de una mirada es posible acceder a la objetividad. Una cierta objetividad, de esa manera, se distingue del objetivismo positivista. El primer punto de su argumentación consiste, pues, en el rechazo de toda forma de objetivismo, pues este no puede tener sino una base "monoteísta"; es el punto de vista del ojo de dios, según la expresión de Hilary Putnam. En efecto, el objetivismo descorporiza el sujeto (o emplea una diferenciación entre cuerpo y pensamiento), del mismo modo que niega otras inscripciones, tales como las raciales o sexuales. Al encuadrar esa carencia de mirada, el objetivismo predica la definición de una mirada que no es una *mirada*. Y los científicos y las científicas que realizarían esa actividad objetiva de la ciencia objetiva, serían algo así como cristales que traducirían al lenguaje riguroso de la científicidad los caracteres de la realidad. Se trata, en principio, de la predicación de dos naturalezas. Una naturalidad de la ciencia, y una naturalidad del objeto. El objeto es objetualizado como una exterioridad sobre la que se aplican los procedimientos adecuados para su conocimiento. Y las subjetividades que conocen no tienen ya historia, han perdido su lenguaje y su ideología.

Quiero detenerme en la propuesta de Haraway sobre la *parcialidad*, sobre la *mirada*, sobre el *cuerpo*.

La corporización es, entonces, más que una base firme para la toma de partido en las ciencias, un problema a investigar. Haraway apuesta a sostener "la naturaleza encarnada de la vista para proclamar que el sistema sensorial ha sido utilizado para significar un salto fuera del cuerpo marcado hacia una mirada conquistadora desde ninguna parte" (Haraway, 1995: 323-324). En la cualidad del cuerpo, una metáfora que une lo común dado por la biología, la comunidad otorgada por la experiencia de género limitada por la formación social existente, la red de los discursos en el juego ideológico de la dominación y la explotación, la construcción de la multiplicidad de las sexualidades, etc., reside la posibilidad de la perspectiva de la mirada, y la promesa de intervenir en la discusión científica con el fin de acceder (construyéndolo) a un saber objetivo. No habría, sin embargo que subestimar la complejidad de la corporización, ni la complejidad e historicidad del cuerpo.

En primera instancia, Haraway parte de esta convicción: una investigación feminista postulando el "punto de vista de las mujeres", en tanto dominadas, puede ser el adecuado para el ejercicio de la crítica y de la ciencia. Por ejemplo, reclamando la visibilización de las agencias negadas por los relatos tradicionales de la historia, o en los análisis corrientes de la sociología.

Se trataría, pues, de una mirada *desde abajo* que legitimaría la labor científica y garantizaría el conocimiento como verdad. Sin embargo, se pregunta: ¿qué es tener un punto de vista? No es la identificación con un grupo o clase social, pues toda clase o grupo es deconstruible, se escapa de las manos, es un prisma que emite infinidad de mensajes, muchos de los cuales podrían aspirar al rango de mensaje principal, y también lo atraviesan antagonismos. ¿Desde que parámetro evaluar la identificación y tornarla objeto de debate y producción? ¿No supone acaso un nuevo camino para implantar la soberanía de la o del científico sobre subjetividades que nadie sabe si aceptarían ser representados/as metodológica y epistemológicamente por otras subjetividades que aseguran poseer *su* punto de vista? Si es fácil entender qué supone para objetivistas hablar de objetividades, decirse objetivos/as para los saberes

situados implica siempre alguna *mediación*, que es sinónimo de "posicionamiento crítico". Parece plausible, pues, que una toma de partido con un horizonte (llámese emancipatorio, por caso) en epistemología exija el autocuestionamiento de las subjetividades que conocen científicamente. Antes que la complacencia consigo misma, la toma de partido está habilitada por una negatividad, por una interrogación.

Lo interesante y desafiante del enfoque de Haraway consiste en que no desemboca en el relativismo. Creo que no es esa declaración donde reside su interés, sino en las razones que brinda. En rigor, la elección y debate entre el objetivismo, el relativismo, la objetividad y la científicidad, no es producto de un conjunto de *deducciones*, sino la derivación de una elección que posee densidad teórica solamente a través de las razones que se presentan para tal decisión. Naturalmente, aquí debemos debatir el sujeto de estos conceptos, que siguen ligados críticamente a las promesas de la Ilustración.

El posicionamiento crítico no ofrece garantías, no digamos ya de un conocimiento científico objetivo a la vez que inscripto en un contexto político, sino de la legitimidad de una perspectiva vinculada a una cierta subjetividad. En realidad, el problema aquí es bien distinto de una epistemología liberal, como la de Popper, en la que se reconoce el carácter situado y provisional de todo conocimiento falsable. Como es sabido, Popper prefiere la metáfora del reflector que ilumina los datos observables, que ante la desmentida de una serie de "hechos" (o aspectos de una serie de hechos), debe ser reemplazado por otras conjeturas, a su vez, también sometidas a refutaciones. El caso es que en el conocimiento social e histórico, Popper tiende a afirmar la variación de las posiciones interpretativas, y no, como en las "ciencias generalizantes o teóricas", de las teorías. En otras palabras, en el saber de lo históricamente humano, utiliza la multiplicidad de puntos de vista individuales. De allí que su elusión del dogmatismo descansa en la demanda de autonomía y crítica individuales. La adopción de una perspectiva ligada a un sujeto colectivo-singular, como el factible desde el feminismo, sería entonces incomunicable con el falsacionismo. Es en este punto donde el enfoque de Haraway va más lejos, al asumir la dificultad, y la posibilidad, de un punto de vista irreductible a las perspectivas individuales. En términos filosófico-

políticos, se trata de una discusión epistemológica post-liberal, pero que no se agota en la identificación de un sujeto destinado a develar la verdad al universalizar su perspectiva (como sucede con el proletariado lukácsiano).

Más allá del objetivismo, siempre según Haraway, no está el relativismo, pues éste pretende no estar existencialmente anclado en ningún sitio, al tiempo que pretende estar en todas partes (Haraway, 1993: 329). En cambio, el situarse excede la reducción identitaria, metafísicamente presencial, de una subjetividad que podríamos llamar "el punto de vista de la mujer". Pero si se pluraliza el sujeto en "mujeres", no sólo se plantea necesariamente la multiplicación de los "puntos de vista", sino que también se activan otros criterios de identificación. La diferencia étnica, por ejemplo, complejiza el sujeto colectivo nombrado como "las mujeres".

Si Haraway ataca con vigor la ilusión de una identificación inmediata con las perspectivas de las/os dominadas/os, con la visión desde abajo, no es porque la crea imposible, sino porque desea prevenir que la corporización, que la adopción del punto de vista, sea una construcción imaginaria, es decir, estabilizada y autocentrada. Pues sabe que es posible posicionarse con la condición de no permanecer idéntica a sí misma. En toda identificación con un grupo o una clase social opera una cierta violencia que se atenúa significativamente al someterla a crítica. La sospecha epistemológica no se basa tanto en la revisión de los conceptos empleados en el conocer, sino mejor en el alerta constante contra la unidad y estabilidad que la identificación entabla en el encuentro con la objetividad y la verdad. Para Haraway, la mejor práctica para evitar la peligrosa osificación de la corporización consiste en sostener el dinamismo del punto de vista que distancie la posibilidad de un esencialismo: "El firme compromiso hacia posicionamientos móviles y de las desvinculaciones apasionadas depende de la imposibilidad de la política inocente de la 'identidad' y de las epistemologías como estrategias que buscan ver desde los puntos de vistas de los subyugados para poder ver bien".

Es una renuncia activa respecto a la esencialización respecto a la subjetividad (política) con la cual uno/a se identifica críticamente y que,

necesariamente, debita un peaje. Porque no es difícil concluir que esa pérdida del punto fijo para mover el mundo que es la "identificación" implica el abandono definitivo de toda pretensión de objetividad y, por ende, de crítica racional y cooperativa, ciertamente, atravesada por divergencias interpretativas y políticas.

¿Cómo la relación entre consistencia (por el compromiso político con el saber situado) e inconsistencia (por el permanente abandono de todo pacto eterno con una subjetividad) con la objetividad logra afianzar la propuesta de Haraway? Como señalamos, al elaborar las condiciones de posibilidad de una "objetividad feminista", renuncia a una universalidad no mediada. La inestabilidad del posicionamiento obliga a volatilizar el contenido de un discurso de saber haciéndolo pasible de una refutación permanente, aunque su novedad consiste en que excede el basamento individual para introducirse en una problemática identificación crítica con las mujeres. Al plantearlo de esa manera coincide con otras autoras sobre asumir el carácter situado del conocimiento no implica sólo un ejercicio de "sociología del saber", sino, según Harding, un insumo decisivo para la objetividad.

La objetividad metafísica, desencarnada, es puesta en suspenso. Pero: ¿por qué no adscribir a la perspectiva "pragmatista" que rechaza como sin sentido la búsqueda de la objetividad así como de cualquier correspondencia entre palabras (o frases) y "hechos"? Para Richard Rorty la pretensión de objetividad es el intento de hallar un sentido a la existencia que esté más allá de la posible en la comunidad a la que se pertenece. La convergencia de la "verdad como correspondencia" implica además una valoración positiva de la ciencia como el acercamiento a una realidad crecientemente mejor conocida. De ese modo, indica Rorty críticamente, la historia de la "humanidad" es la historia del develamiento del mundo. Si existe una realidad "objetiva" y nos acercamos a ella, la sociología o la historiografía son el camino del progreso, de la evolución de la ignorancia hacia la verdad. No habría otra modalidad valedera de vida sino la que realmente nos ha precedido. Y esa convicción oculta en el realismo es la que muestra su carácter etnocéntrico. Rorty, por el contrario, aboga por reconocer y resituar nuestro sesgo etnocéntrico, para conversar en la solidaridad de nuestra comunidad los valores que nos

guían. La verdad no es otra cosa que aquello que por ella entendemos. No en virtud de la cercanía con la realidad objetiva, sino porque existen, provisionalmente, argumentos más convincentes que otros al respecto. No necesitamos, pues, una teoría de la verdad, la objetividad. La epistemología sería superada y anulada en beneficio de una conversación sobre nuestras creencias.

La deriva pragmatista es bien distinta del enfoque discutido por Haraway. El fundamento de esa diferencia es sobre todo ético-político. El pragmatismo supone la disponibilidad de la fuerza para defender un punto de vista, que sólo es matizado por una conversación intercultural. Su autodestrucción como punto de vista es imposible, y así revela una solidaridad profunda con su situación. El pragmatismo, en suma, supone un lugar de dominio y podría fundamentarse en Nietzsche.

Las condiciones de la objetividad y la crítica feministas de Haraway suponen, en cambio, la recuperación de las subjetividades subalternas: "Los conocimientos situados requieren que el objeto de conocimiento sea representado como un actor y como un agente, no como una pantalla o un terreno o un recurso, nunca como esclavo del amo que cierra la dialéctica en su autoría del conocimiento 'objetivo'". El "objeto", entonces, tendría que ser considerado en realidad como un sujeto, y debería entablar una relación de conocimiento en una vena interpretativa, "conversando" con éste, sin someterlo a la habitual violencia del método. En la reflexión epistemológica dominante, los esquemas empleados son los pensados en proposición del tipo "s conoce que p", punto en el que se inicia la discusión. Tal planteo de la cuestión deja entre paréntesis el problema de la subjetividad que conoce. La búsqueda de claridad y distinción conceptuales remite a las temáticas de la referencia, de la convergencia entre el "contenido" del saber con pretensión de verdad ("que p"), de si es preferible entenderla como "aseveración justificada" o como "correspondencia". Ciertamente, también existe en la tradición de la filosofía analítica una atención a los "esquemas conceptuales" que imposibilitan confiar en un acceso inmaculado a la "realidad". Sin embargo, no es estudiada la tematización de las diferencias y, particularmente, las relaciones de poder (y consiguientemente de género) que intervienen en la conformación de esos "esquemas".

La conceptualización del "objeto" es también reductiva en la epistemología ortodoxa. En las formulaciones semánticas de la verdad, los ejemplos de "p" son tomados de la relación con objetos inanimados. Ello no sólo indica cuánto de la cosmovisión fiscalista está presente en esa epistemología, sino también que no se concibe una interacción con un objeto de conocimiento inerme ante quienes conocen (o en todo caso los/as "afecta", incide en sus "percepciones"). La crítica feminista sugiere que debe abandonarse este planteo, pues él remite necesariamente a cierta "percepción adecuada" de un objeto exterior. El modelo alternativo más pertinente sería el del conocimiento de otras personas.

Situar el proceso de conocimiento en las condiciones de la interacción humana cambia profundamente la pregunta sobre el conocimiento. Inicia la indagación suponiendo la incomprensión, la dominación, la diferencia, el poder, el consenso, etc. Pero quizás sea más decisivo en la pregunta por la objetividad el reconocer aquí cuánto de perspectiva está implícito en la interacción con el "objeto".

A esta altura, la pregunta es ¿por qué sostener todavía el concepto de objetividad cuando éste ha perdido toda necesidad, y toda función cognoscitiva? Un saber objetivo y científico no objetivista es situado y por ende puede comprometerse, y Haraway mantiene su compromiso militante con el feminismo. Una pluralidad de objetividades posibilita no considerar a los otros saberes no feministas (o feministas disidentes) como falsedades necesarias, sino discutir con ellos sin apelar a la mera diferencia de poderes. Considerar al "objeto" como una figura dinámica, evita reedificar al científico o a la científica como subjetividades soberanas, y mucho más cuando se estudia a personas. Y es un respeto de la alteridad que se presenta como ética y políticamente necesario.

Si la objetividad puede predicarse cuando un saber no debe su legitimidad al poder de quienes la sostienen sino a las condiciones en que se realiza, todavía queda por dilucidar si una apuesta epistemológico-política por la objetividad es rigurosa. Creo que la propuesta de Haraway exige una elaboración ulterior por cuanto su postura la objetividad reside en el interior de la construcción situada y no en el proceso de constitución del conocimiento. Cuando Haraway habla de que es posible construir proyectos fieles a una "objetividad feminista" o de que el problema de la

ciencia para el feminismo es la "objetividad como racionalidad ubicada", coloca el peso de la objetividad en el reconocimiento de la *parcialidad*, y yo diría que ese reconocimiento (de importancia vital) es una condición necesaria para la objetividad, pero en modo alguno es suficiente.

La parcialidad de toda perspectiva establece las condiciones para que, sabida la imposibilidad de una imparcialidad absoluta, los saberes elaborados entren en un terreno de disputa interpretativa, y que en ese proceso se cuestionen tanto esos saberes como las condiciones reales de su producción. Pero la parcialidad jamás será objetiva ni necesita serlo para sostener la posibilidad de la objetividad científica. Se trata de lo contrario, pues si la imparcialidad fuera posible, la objetividad sería innecesaria. En síntesis, en el ámbito de las subjetividades que producen conocimiento crítico, la discusión de la objetividad y del objetivismo exige considerar como cuestión nodal las condiciones reales (institucionales, individuales, ideológicas) de la producción del saber, donde el carácter *situado* del conocimiento constituya un aspecto, decisivo, pero no excluyente. Es decir, necesitamos articular el debate epistemológico con un examen de nuestras prácticas. Y entre esas prácticas se despliega la cuestión, a la que pronto aludiremos, de la genealogía crítica de las "prácticas discursivas".

Ahora bien, entonces aparece un nuevo problema, aludido en la noción de cuerpo y corporización. Para pensar la situación de un conocimiento es necesario suponer que existe una experiencia de tal situación. Cuerpo y experiencia despiertan una fenomenología íntimamente ligada. Puesto que el cuerpo no es una simple actualización mental de los procesos fisiológicos (deudora de una improbable dicotomía entre *res extensa* y *res cogitans*), situación corporal se comprende mejor como situación subjetiva. Por esta se entiende a la experiencia como fundamento de un saber. De allí se derivan las afirmaciones de privilegios o minusvalías en materia cognitiva. Por ejemplo, se puede sostener que sólo los gays pueden estudiar la sociabilidad gay porque sin la experiencia gay se carece de los saberes indispensables para entenderla. O también, que sólo la *distancia* con la vivencia gay autoriza la perspectiva necesaria para evadir la apología de una de las posibles sociabilidades gay. Esta ejemplificación puede ser trasladada sin problemas a todas las

subjetividades oprimidas o subalternizadas. El privilegio y la minusvalía epistemológicos, siempre que se sostienen en la experiencia, apelan a noción que merece ser revisada.

Es lo que propone hacer Joan Scott en "La evidencia de la experiencia", de 1991. Su texto está pensado en debate sustantivo con la historiografía fundacionalista, que en su parecer descansa en la noción de una experiencia como *primus movens* de la producción de conocimiento. No obstante, la discusión puede ser trasladada a un examen de la relación entre experiencia y autoridad interpretativa en el conocimiento social.

Al citar un pasaje del libro autobiográfico de Samuel Delany, *The Motion of Light in Water*, Scott indica la elusión de la dimensión escrituraria de su "recuerdo" de los cuerpos masculinos apretujados en un baño público, visión que habría permitido a Delany la percepción de la potencia del erotismo y su deseo homosexual. La percepción visual, opone Scott, es una construcción que pretende la transparencia de la mirada. Para abreviar, indico que entonces moviliza una aproximación reconstructiva de inspiración derrideana. Mas inmediatamente adopta un análisis inspirado en Foucault, según el cuál el problema esencial de referir a una experiencia prediscursiva y presubjetiva, consiste en que deja indiscutidos los dispositivos de constitución de la experiencia en tanto que tal.

Se ha dicho, con razón, que en Foucault la dimensión estructuralista, reiteradamente negada por él, persiste incluso en sus estudios más atentos a los deslizamientos y filtraciones de las múltiples mallas del poder. En su uso de Foucault, Scott procede a historizar a la experiencia como presunto fundamento de las identidades. No hay algo así como una pulsión primera que es sometida a una represión. El deseo mismo es un producto, del que no es posible hallar un "hacedor". Otra vez, a la Nietzsche (a esta altura de la discusión creo que hay en este autor un desafío que debería ser retomado con extensión), no hay una voluntad unitaria, verdadera, original, detrás de las máscaras que somos. Por lo tanto, es inviable sostener la autonomía y autenticidad de una experiencia, pues esta debe ser explicada. Sólo así se develan los mecanismos políticos que constituyen a los sujetos como sujetos-de-la-experiencia. ¿Se anula así aquello que Haraway había establecido como

una exigencia del conocimiento situado, es decir, la agencia de los sujetos subalternizados? Scott sostiene que no: *"Experience is, in this approach, not the origin of our explanation, but that which we want to explain. This kind of approach does not undercut politics by denying the existence of subjects; it instead interrogates the processes of their creation and, in so doing, refigures history and the role of the historian and opens new ways for thinking about change"*.

La consecuencia podría ser una perspectiva, digamos "butleriana", de reinscripciones performativas, accesibles a una dinámica postfundacionalista. De esta manera, la experiencia y el punto de vista, son también "casos". No pueden ser puntos de partida que se introducen en el mercado de las argumentaciones, sea en el plano individual o el colectivo. Sin el empleo de justificaciones esenciales o experiencialmente contingentes, el desafío consiste en cómo situar la posibilidad de un conocimiento crítico, es decir, políticamente articulado, que tolere un espacio para la alteridad.

Haraway había intentado fundamentar una perspectiva abierta a la interrogación de la propia experiencia cognoscitiva al calor de la diferencia con las agencias concretas, irreductibles a las categorías investigativas. Desde una teorización postestructuralista es sencillo observar en su planteo la ausencia de una tematización de las condiciones discursivas de su enunciación (esto es, se puede indicar que la noción de "mirada" o "cuerpo" en absoluto son evidentes). No obstante, es posible traducir su planteo a un esquema de análisis de las condiciones histórico-políticas de posibilidad de la "evidencia" utilizada como de las circunstancias de la interpretación. En cambio, la posición foucaultiana de Scott tiende a disolver la alteridad en una genealogía crítica. Esto le ha sido reprochado desde algunas esquinas del pensamiento feminista. También se ha señalado que su deconstrucción del fundacionalismo de la experiencia no provee un concepto de reemplazo para sostener un enfoque que no sea sencillamente textualista o presentista. Y aunque Scott haya comenzado una indagación para construir una noción diferente de la experiencia, es improbable que tal noción asegure una crítica de la política del saber, pues este se define en el campo estratégico, antagonístico, de la interpretación.

En este sentido me parece que una conclusión convincente puede transitar en la vacilante polaridad entre la adopción del punto de vista y la crítica de la ideología. Ambos temas no son fácilmente conectables, pues la noción de ideología suele ser incomunicable con la relatividad del punto de vista (descarto la utilidad del relativismo raigal). Respecto de la primera parte de esta tímida conclusión, la implicación subjetiva se inscribe en pleno derecho teórico en las matrices epistémicas en competencia. Las decisiones eróticas, políticas, amicales, militantes, dejan de ser interferencias para anudarse como insumos críticos, al mismo tiempo que, por la instancia crítica, son ellas mismas examinadas como construcciones siempre cuestionables. Pienso que así es factible evitar algunos dilemas, o problemas, de la construcción de colectividades de saber y, sobre todo, de hacer, de praxis, siempre hostigadas por dificultades subjetivas, osificaciones teóricas, pretensiones individuales, exclusividades epistemológicas. Como anticipé, un debate bien radical que aún debemos darnos es qué hacer con la herencia de la Ilustración.

Kornblit: Voy a elegir sólo algunas de las reflexiones que hizo Silvia para comentar, porque son muchas. En especial quería referirme a las preguntas “¿Cuál es la relación entre la experiencia biográfica del investigador, y la producción académica? ¿Qué es lo biográfico?” Creo que por supuesto no hay biografía sin un relato sobre esa biografía. El relato construye la misma biografía, y esta narrativa es construida interpersonalmente, a partir, justamente, de la interacción social. Los aspectos más personales de las biografías se entretajan con lo que se ha dado en llamar las biografías intelectuales. Es importante destacar lo que ha sido incorporado en el período de formación, a través de la relación con los docentes y con las lecturas y la bibliografía. Estos dos aspectos biográficos influyen en la selección de los temas de investigación, además de la influencia de las instituciones, porque las biografías transcurren en contextos institucionales. Los temas de investigación elegidos dependen en buena medida de la habilitación que les deparen instituciones en las que se realiza la investigación; las instituciones tienen tiempos muchos más lentos que los tiempos individuales y hay que considerar la capacidad de autonomía y de innovación de los sujetos. Los integrantes del Grupo

de Estudios sobre Sexualidades realizan hoy trabajos de investigación que hubieran sido impensables en la Universidad hace diez años. Recuerdo que hace diez años el primer seminario que yo di en el Instituto, sobre estudios sobre homosexualidad, concitó un gran interés de parte de los alumnos, aunque la mayor parte de estos alumnos eran gays y lesbianas. El tema como línea de investigación era reconocido a partir de intereses más personales que lo que ocurre en este momento, pero la institución accedió más tardíamente a legitimarlo. Y una prueba también de esto es la formación de este joven grupo de estudio sobre sexualidades, que tuvo que sortear bastantes presiones para poder empezar a funcionar en el Instituto.

En relación a la sexualidad como objeto de investigación, es importante tener en cuenta que si bien se pueden entender los estudios sociales como elección vocacional, siempre están presentes en ella aspectos personales que tienen que ver con el pensamiento crítico en relación con lo estatuido. Estos aspectos están fuertemente presentes en los temas de la sexualidad y además, me atrevería a decir, que requieren de una dosis importante de esta curiosidad epistémica y de tolerancia frente a las diferencias. En cuanto a la cuestión de la articulación de la producción académica con la experiencia biográfica del investigador, creo que la propia formulación contiene en sí misma una postura que se aleja de la sociología más clásica, que sugiere que el actor social, en este caso el investigador social, está supeditado a las grandes estructuras sociales. Las posturas actuales, por el contrario, contienen implícitamente, la idea de una cierta autonomía de la subjetividad, por encima de las estructuras sociales. En esta perspectiva es de utilidad mencionar el concepto de experiencia social de François Dubet, que se refiere a los modos de regulación cotidiana de los actores en relación con sus prácticas, que combinan varias lógicas de acción. Según Dubet la experiencia social implica necesariamente la capacidad crítica de los actores sobre sí mismos y sobre los otros. Y la noción de experiencia connota también una manera de ser que está invadida por un estado emocional, directamente relacionado con la subjetividad, que posibilita la incorporación del mundo por medio de emociones y sensaciones. El análisis de la experiencia social requiere para Dubet la realización de tres operaciones intelectuales

esenciales. La primera es la descripción de las lógicas de la acción presentes en cada experiencia concreta a partir de cómo se ha dado la interiorización de lo social, denominado la lógica de la integración. La segunda operación consiste en describir cuáles son los conjuntos de recursos movilizados en situaciones sociales particulares, lógica estratégica. La tercera operación es comprender cuáles son las lógicas del sistema social, a partir del modo como los actores las sintetizan tanto en el plano individual como en el colectivo, lo que él denomina lógica de la subjetivación. La experiencia social sería la combinación de estas tres lógicas y esta combinación atraviesa a todos los actores sociales, tanto a los investigadores sociales como a los sujetos con los que éstos trabajan. En este sentido no tendría mucho sentido plantearse que es indispensable la perentoriedad de experiencias afines entre ambos actores para que pueda darse la investigación social, porque los tres tipos de lógica están siempre presentes para unos y otros, y su reconstrucción va a depender de la construcción crítica que ambos lleven a cabo sobre sus vidas, a través de la interacción. Retomando una frase de Scott citada por Omar, la experiencia debería ser, así, no el origen de la explicación, sino lo que queremos explicar. En consecuencia coincido con Omar cuando afirma que el objeto debería considerarse en realidad como un sujeto, y se debería entablar una relación de conocimiento en una actitud interpretativa, conversando con éste. Y en esta conversación están implícitas las diferencias en la experiencia de investigador e investigado. Sería una simplificación pensar que la identidad común en cuanto a sexualidades no hegemónicas avanza en la posibilidad de la comprensión, porque ¿quién puede afirmar que no existen otras diferencias que pueden ser tanto o más significativas que la identidad sexual? Por otra parte está la categoría de experiencia y la de expectativa, desarrollada como categoría actual del conocimiento por el historiador Reinhart Koselleck. A propósito de la historiografía. Koselleck reconoce espacios de experiencia y de horizontes de expectativa. El rol de estas categorías consiste en establecer las condiciones de las historias posibles, de manera que su generalidad –porque Koselleck sostiene que no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren-, esta generalidad, abona la postura de la

no necesidad de privilegiar como garantía del conocimiento, identidades sexuales compartidas.

Retomando otro de los puntos, referido a la investigación militante, creo que habría que definir lo que entendemos por investigación militante. En un sentido, como señaló Silvia, toda investigación implica compromiso. La investigación militante, en el sentido en que está formulada para el debate, conlleva una adhesión a un grupo de pertenencia de fuertes connotaciones identitarias que orientan la investigación hacia determinados aspectos vinculados con este grupo de pertenencia. No constituye un salto cualitativo en cuanto a las lealtades que todo investigador pone en juego en el proceso de investigar, sino una intensificación de la adhesión a los carriles por los que se hará su investigación. La pregunta es si esto no estrecha el campo de lo investigable y obtura otras miradas posibles. Como ha dicho Omar, creo que el respeto de la alteridad se presenta como ética y políticamente necesario, pero la alteridad no implica sólo al otro estudiado, también es necesario reconocer que toda construcción de conocimiento se enmarca en relaciones de fuerza y comporta una cierta violencia simbólico metodológica; esto es una realidad de la que es imposible escapar totalmente si se desea participar del campo científico. Sin caer en el dogmatismo metodológico ni en el eclecticismo radical, creo que es posible tener presente el carácter histórico, y por ende político, de las condiciones de producción del conocimiento, reconociendo la coexistencia de diversas propuestas teórico epistemológicas y la posibilidad de cambio en las relaciones de fuerza e ideologías dominantes en el campo académico.

La pregunta sobre las dimensiones sexuadas de la investigación y las implicaciones emocionales y lo erótico en la investigación no me hace tanto ruido como a Silvia. Creo que las dimensiones sexuadas de la investigación están comprendidas en el carácter situado del conocimiento que, como dice Omar, no implica sólo un ejercicio de sociología del conocimiento, sino que es un insumo decisivo para la objetividad y forma parte de las condiciones de producción del conocimiento. Coincido con su cita de Dominique LaCapra, para quien la elección del tema de investigación conjuga una dinámica transferencial en sentido freudiano.

Según esta sugerencia, el objetivismo, dice Omar, olvida la dimensión emocional y erótica que también en el amplio sentido freudiano mediatiza las definiciones profesionales. Precisamente, si planteamos la actividad científica en términos del deseo asociado con el placer, la curiosidad epistémica se expande, permitiendo no aferrarse cerradamente a un objeto determinado, lo que estaría vinculado en términos de Lacan al goce, sino posibilitando al sujeto ejercer su libertad. Lo interesante es la posibilidad de tomar como dato estas sensaciones y analizarlas. En términos de Omar, la experiencia, desde el punto de vista encarnado, son los casos. Y la dimensión ética tiene que ver con el tener en cuenta la dimensión de poder que instaura la relación asimétrica entre el entrevistador y el entrevistado, en el juego de atracciones o rechazos que pueda darse. Bueno, estos son algunos de los comentarios que me sugerían las dos presentaciones que tuvimos.

Figari: Quisiera volver a algunas cuestiones que han sido muy bien planteadas por Omar Acha, quien expuso, a mi juicio, una de las posiciones epistémicas feministas más lúcidas, la perspectiva crítica de Donna Haraway sobre el conocimiento situado.

Haraway, consecuente con su planteo, está hablando como mujer, en y desde su cuerpo. Desde allí encara su discusión con un tipo de objetividad, la de "Ellos", el punto de vista masculinista. El conocimiento objetivo que ellos postulan es un conocimiento desencarnado, no tiene cuerpo, no tiene tiempo, no tiene espacio. Y las mujeres, dice ella, somos las que tenemos cuerpo, las marcadas, las que construimos desde una posición no objetiva e interesada: "se nos prohíbe no tener un cuerpo o poseer un punto de vista o un prejuicio en cualquier discusión". El conocimiento objetivo masculino coloca a lo femenino en el lugar de la apreciación subjetiva. "Nosotras" no podemos conocer objetivamente porque tenemos cuerpo, entonces sólo podemos conocer desde nuestra sesgada y parcial subjetividad. Claro que aquí Haraway si bien está hablando del cuerpo femenino se refiere, también, a cualquier otro cuerpo que huya de la posición objetivista. Así, podemos hablar desde otro cuerpo subalterno y también desde cualquier otro cuerpo que tome una posición situada, en un sentido analógico y superador, esto es, que no

niegue su posición para afirmar algo sobre el mundo. De otra forma se corre el riesgo de que si necesariamente no estuviésemos en una situación o punto de opresión, tampoco podríamos establecernos en una posición situada.

Creo, así, que la posición crítica que se toma frente al conocimiento es lo más importante de resaltar en primera instancia. Quiero entonces comenzar con un ejemplo concreto sobre lo que implica la postura objetiva del conocimiento o, como bien señaló Analía Kornblit: por qué exponer el cuerpo molesta tanto.

Para ello voy a leer un e-mail de uno de los panelistas invitados a este evento, que aparentemente tuvo un lapsus y lo envió por error, suponemos. Allí, aparte de decirnos muy amablemente que no podría concurrir porque tenía otras obligaciones, reproducía otro mensaje en que comentaba a otra persona:

"Vos que supiste estar con esta gente del género y del puticismo académico, podés explicarme que pretenden estos chabones? me preguntan por la sexualidad o por mi sexualidad? Las preguntas que me mandan me suenan a inquisición macartista... además, a quien le importa mi sexualidad para ver como investigo? No estarán volviéndose locos con tanta persecución? Aclárame algo vos que estudiaste a los cuiers.

Besos desde la frontera (no será malinterpretado?)

Eu (o minino da fronteira)"

Según esta interpretación, por un lado, los que formamos parte del "puticismo académico" y trabajamos y formulamos preguntas desde esta perspectiva estamos excluidos de la lógica del conocimiento objetivo y nuestras preguntas epistemológicas y de método sólo pueden ser leídas como "macartismo". Por otro lado, a los que "técnicamente" somos "puticismo académico" nos endilga un cuerpo que, a través de la metáfora médica de la locura – vía exceso persecutorio - nos inhabilita para un saber racional y no interesado. Porque obviamente, el objetivismo académico es masculino, racional, y consecuentemente racista, leasé sino la sugerente metonimia: "Eu o minino da fronteira"

Y acá comienza mi argumentación partiendo de la pregunta: ¿Cómo funciona el objetivismo y qué es un posicionamiento situado?

En primer término cabe consignar que **la relación sujeto-objeto es una falacia**. Como investigadores críticos no podemos situarnos en un no lugar, en un no cuerpo, debemos superar la oposición sujeto-objeto en el conocimiento. Resituarse esta cuestión implica entender que **la relación objetiva es siempre objeto-objeto** (o en términos lacanianos: Objeto-objeto). Cabe aquí explicar que devenimos objeto por dos vías. La primera, cuando negamos nuestra subjetividad para, desencarnándonos, asumir la posición objetiva. La segunda, cuando olvidamos que el sujeto que conoce fue "siempre ya conocido". Creemos ser autores, incluso del conocimiento cuando somos sujetos del discurso en el cual y desde el cual hablamos y conocemos.

Entonces, este sujeto pretendidamente objetivo, devenido en objeto volitivamente, construye su objeto como un saber comunicable. Es decir, desde lo objetivo solo puedo aprender al otro como un elemento representativo; lo convierto en un código para poder comunicarlo. Así, en nombre de la objetividad me fuerza a acoplarlo en el lenguaje (saber comunicable).

Resumiendo, ¿qué buscamos cuando estamos trabajando con aquello que construimos como objeto? Encajar nuestra construcción en alguna representación, parcial o completamente comunicable.

Esto nos conduce a un segundo problema, que fue planteado también como eje de esta mesa, el de dar voz a otros. En verdad, creo, no damos voz a nadie. Esto es otro juego semántico (y profundamente ideológico).

Siguiendo nuestro razonamiento, en este caso el dar voz, una voz "comunicable, termina forzándome y forzando al otro/a a que se represente. Estas, como bien señaló Acha, son aquel tipo de epistemologías que buscan ver desde los puntos de vistas de los subyugados para poder "ver bien".

¿Y qué es ver bien? Silvia Chejter nos habló sobre la metáfora de la foto, esa figura de Susan Sontag que supone que fotografiar es encuadrar y encuadrar es excluir. Esto funciona así porque como investigador determino cuáles van a ser esos matices, dónde voy a colocar la lente y quién va a ver y qué va a ver, inclusive el propio ser investigado/a.

Y es a partir de aquí se puede esbozar el nudo de mi argumentación: **la relación situada es siempre cuerpo-cuerpo**. Deja de funcionar entonces la falacia sujeto-objeto y la regulación objetiva objeto-objeto.

Desde la posición situada como una posición crítica, la relación de investigación siempre va a ser cuerpo a cuerpo y, vuelvo a repetir, no importando qué cuerpo. ¿Qué quiero decir con que no importa el cuerpo? Que esto es un lugar no una esencia, es el "carácter situado de una mirada".

Retomando a Haraway, esta intenta recuperar un saber objetivo y científico claro que no objetivista. Plantea una excelente crítica tanto al relativismo como al puro perspectivismo, situando su objetividad en el reconocimiento del punto de partida del propio conocer y de sus limitaciones y carácter contingente. Esta, sobre todo, auto-explicitación política del sujeto cognoscente supone una "reflexividad fuerte" en términos de Hardig, por la cual no hay una desvinculación aséptica sino una asunción responsable del acto de conocer. De tal manera si el conocimiento es situado puede por ende comprometerse,

Ahora bien, como recuerda Omar Acha, según Haraway: ""Los conocimientos situados requieren que el objeto de conocimiento sea representado como un actor y como un agente, no como una pantalla o un terreno o un recurso, nunca como esclavo del amo que cierra la dialéctica en su autoría del conocimiento 'objetivo'". El "objeto", entonces, tendría que ser considerado en realidad como un sujeto, y debería entablar una relación de conocimiento en una vena interpretativa, "conversando" con éste, sin someterlo a la habitual violencia del método.

En este punto considero que Haraway entra en un terreno pantanoso, porque coloca la agencia del sujeto como garantía de objetivismo situado. Es decir, considerar que dos agencias que dialogan construyen conocimiento. Personalmente me alinee con Butler, que desconfía abiertamente de las posibilidades dialógicas ya que supondría una igualdad de posiciones de sujeto: "mientras un hablante puede afirmar que se está sosteniendo una conversación, otro puede asegurar que no es así". No creo en condiciones de habla ideales ya que siempre estamos mediados por algún tipo de jerarquía, sea o no en posición de

investigador. Por este motivo, cualquier base dialógica no me parece un punto de partida. Omar Acha trae a colación la posición foucaultiana de Joan Scott como crítica a tal agencialidad. Pero considero que Scott lo soluciona de la peor manera, porque constituye una negación estructuralista de la experiencia. No sólo la agencia, sino incluso la experiencia, es un vínculo que para Scott ya está sometido de alguna manera a esquemas de representación, o sea, "no hay pulsión sometida a represión, el deseo es el único producto y no hay voluntad detrás de las máscaras". Dos salidas son posibles aquí. Una como experiencia que debe ser explicada, el planteo de Scott, con lo cual de cierta manera esta se ve obligada a reinstalar la agencia reflexiva en términos cognitivos y otra, como el posfundacionalismo butleriano, que sitúa la experiencia en el campo de la performance como reinscripción dramática.

Lo que me parece es que, en este caso, hay que hacer jugar el potencial mucho más fuerte de otra noción de experiencia que instala lo prediscursivo solamente como un momento vivencial de regreso al imaginario. En este sentido rescato una noción de experiencia leída desde Julia Kristeva, en la que debería hablarse de una relación sujeto-sujeto, donde ambos compartimos, donde ambos gozamos, donde ambos tenemos un espacio que nos puede sacar momentáneamente de esa relación que está necesariamente representada o vinculada con el lenguaje. Creo que el conocimiento situado es el que sale del lenguaje y se sitúa en una experiencia con el investigador y con el investigado también. En una línea erótica, sobre todo vinculada a la afectividad, y, en una línea estética, como experiencia que es también creativa. Una idea similar plantea Evelyn Fox Keller cuando habla de "objetividad dinámica" entendida como una búsqueda de conocimiento a partir de la experiencia subjetiva. Aquí la diferencia entre una y otra subjetividad es vista como un potencial para establecer una indistinción entre el yo y el otro, sobre todo de parte del sujeto investigador, que debe situarse en una posición amorosa. Habilitar una percepción amorosamente centrada en los otros (una percepción "alocéntrica, según Fox Keller, citando a Schachtel).

¿Cómo me sitúo con el otro? Hay que hacer una analogía en algún punto con la posición del analista en el psicoanálisis. Existe una distancia, pero también hay amor transferencial. Me convierto en una persona a la

que se le están confiando experiencias que provocan muchas sensaciones y emociones. Es imposible no involucrarse, porque el otro me está demandando contención, escucha, compartir algo. El investigador así contiene pero contempla sin juzgar y si no juzga no impone. Es un momento de "regreso", un fuera de si en términos de la afectividad, de vivir esa emocionalidad, contemplar y no juzgar, involucrarse con el otro, sí.

Hay otra cuestión que mencionó también Silvia ¿Cómo comunicamos la experiencia entre dos cuerpos? Porque no se trata sólo de que el investigador se queda contemplativo ante el otro, sino qué produce después como conocimiento, que va a tener que ser reinscripto, nos guste o no. en ese conocimiento mediado por las categorías de poder, es decir, sujeto al orden del lenguaje. Es necesario reintroducir esa experiencia semiótica. En términos de Kristeva este proceso supone una lógica de revuelta, negatividad y finalmente de transposición al orden tético (simbólico).

En este sentido, ¿qué voy a hacer yo con ese producto? Aquí llega el momento de tomar una fotografía y encuadrar, es un momento de distancia. No hay forma de escapar a "la foto", pero si hicimos el paso situado y experiencial con el otro, seguro la foto aquí es *poiesis*, y esto se llama arte y esto es política. Los cuerpos situados solo producimos conocimiento político.

Por eso, más que preguntarme si hay que hacer investigación militante plantearía que, desde esta perspectiva, para eso producimos saber, para hacer política. Porque este tipo de producción de saberes reconfigura el sistema simbólico (al salir de la objetividad y al salir de la representación) y por ende el sistema ideológico/significante de una sociedad.

Finalmente, ¿qué reconstruyo de esa experiencia para insertarla en lo simbólico? Rescato la mención de Silvia a la negociación con el otro: ¿quiero o no que esto sea dicho o considerado? Esto es una cuestión ética vital de primer orden.

La otra cuestión a considerar es ¿cuáles serían las formas con las que deberíamos reinscribir? Se podría pensar cómo incluir cierta estilística literaria y otras expresiones estético-expresivas en la exposición de estas

experiencias, ya que, muchas veces, no son encasillables en los sistemas representativos vigentes. Intentar otras formas expresivas de transposición convierte el conocimiento así producido en saberes creativos y políticos.

Pecheny: Les propongo continuar con nuestra reflexión sobre nuestra práctica como investigadores e investigadoras, refiriéndome también a lo que dijo Silvia, pensando en nuestros lectores, en la comunidad de lectores del Instituto Gino Germani y de los investigadores que no trabajan sobre sexualidad, pero muchas de estas reflexiones son relevantes para sus propias prácticas, que quizás de tan naturalizadas no se hacen ni siquiera las preguntas. Retomo entonces el punto inicialmente planteado por Silvia. La noción de que no se puede pensar lo sexual sin pensar al mismo tiempo violencia y subjetividad en tanto historia, narrativa, experiencia o subjetividad en el sentido amplio. Pensar en la acción social, y en la interrelación con la violencia y con la subjetividad. Es un salto lógico, pero cualquier estudio social sobre otro sujeto, sobre prácticas, no tiene una dimensión de violencia o subjetividad, que está más oculta o excluida que en el caso de la sexualidad, donde reaparece. Y en este sentido, la segunda pregunta se refiere al vínculo de la investigación con la sexualidad, el vínculo emocional y erotizado de la sexualidad, ¿qué pasa si uno está trabajando con violadores o con proxenetas, cómo es ese vínculo afectivo transferencial, cuando no estamos acompañando dolor, o bronca o esperanzas, sino otras cosas?

Bennett: Estas preguntas son extremadamente complicadas y merecen una inmensa cantidad de atención, supongo que los pequeños comentarios que voy a hacer no van a hacer justicia a las complejidades de las cuestiones que ya fueron planteadas. Cuando venía hasta el Instituto Gino Germani, pensaba sobre las cuestiones que se van a plantear acá en la mesa de debate, sobre las relaciones entre los investigadores, las identidades de los investigadores, la sexualidad. En este sentido me intriga por qué se plantean estas preguntas aquí y ahora en el Instituto Gino Germani. Me interesan las preguntas, pero nadie mencionó hasta ahora por qué debatir estas cuestiones aquí en este

Instituto, pero quizás alguien me lo va a contar en otro espacio. Voy a decir simplemente tres cosas, que vienen desde mi lugar, del lugar en Cape Town University. Trabajo en África, continente en el cual la producción de conocimientos creativos, indígenas y productivos están siempre bajo ataque, no sólo del de gobiernos corruptos, estructuras colapsadas en la universidad, y el impacto abrumador del norte. Sino del hecho que la teoría africana es todavía un oxímoron. Nadie cree que un africano o africana pueda ser filósofo, un teórico, un economista, un teólogo, quizás sí un músico, son buenos para hacer entretenimiento. Este contexto primario en el que vivo constituye un problema epistemológico desde hace siglos. Mi trabajo político, filosófico y espiritual constituye una afrenta para este conjunto de discursos sobre los significados de África. Yo soy blanca. Mis ancestros son blancos. La autobiografía reside en el corazón, en mis convicciones. La antropología, la administración y las teorías del conocimiento coloniales han destruido las posibilidades de conocimiento de un modo que sólo puedo describir como obscuro, o incluso destructivo para África. Tenemos el derecho de costumbres, las medicinas tradicionales por un lado, y las medicinas occidentales por otro. Existe una producción de algo que se puede llamar literatura oral, y por otro lado, la literatura denominada real. Ésta no es, además, latinoamericana, aunque debería ser.

Personalmente estoy posicionada como investigadora, como activista, como docente, en un momento particular histórico. Mi pregunta sobre biografía e investigación es sobre todo sobre estrategia. En qué puntos mi subjetividad, mi identidad se despliegan en los modos más progresistas y más transformadores. Y las respuestas cambian. Este momento de participar en una conversación en un espacio como este es un lujo, es un momento de privilegio, como si estuviera por encima de la política del momento presente. Necesitamos darnos ese lujo. Es precioso, trabajamos para eso. Por el modo de comprometerme, la forma en que me concibo a mí misma y en relación a la creación de conocimientos, la forma en que me concibo como persona y el modo de comprometerme con la creación de conocimientos es un modo de lectura política orientado a desestabilizar siglos de epistemologías de desincorporación, y desincorporar el racismo, el sexismo, en la relación con las construcciones

de clase. Yo soy lesbiana, tengo cincuenta años, este es un hecho bien conocido. Trabajo intensamente con colegas de Uganda y vivo en Sudáfrica, Zimbabwe, Kenia, Malawi, Lesoto, países en los cuales la homofobia es un ámbito de terror legal, político, cultural. Investigo sobre cuestiones de acoso sexual en la universidad. Todas las personas con quienes trabajo saben que tengo una pareja que es una mujer, nunca hablamos sobre eso, nunca voy a soñar con llevar a mi pareja mujer, incluso si estoy en Ciudad del Cabo, ¿por qué, porque me avergüenza? No, ella es muy hermosa, tengo este privilegio. Pero si ellos mencionan que están trabajando con esta lesbiana blanca, en Sudáfrica, se termina la investigación. Es su propia credibilidad la que está en juego. Hemos conversado en esta mesa sobre el punto de vista de los investigadores e investigadoras, pero es una realidad seminal que desde los investigados, nuestra biografía está omnipresente. La forma de encarar y comprometernos con la biografía, no solamente desde el punto de vista de nuestras propias teorías, sino desde las miradas y las expectativas y de los contextos políticos en los cuales nosotros nos apoyamos para pensar los diferentes sentidos de experiencia, más allá de los pequeños mundos intelectuales que estamos tratando de transformar.

Una cuestión final: me alegra compartir este espacio con personas de diferentes edades. En los cursos iniciales a los alumnos de grado se les enseña una serie de principios elementales. Para el momento que están en un postgrado, todos esos principios ya desaparecieron. Pienso algo similar de estas preguntas. Cuando enseñé a los alumnos del grado sobre la importancia de la presencia del yo, del sí mismo, de uno en el compromiso con la investigación, para ellos es radical, en presente. Estamos situados, entonces es el momento de invitarlos a traerse a sí mismos, las experiencias y problemas que realmente le interesan porque me importa el hecho que provienen de una tradición de positivismo, donde no está ni siquiera permitido que digan "yo". Entonces les tengo que enseñar sobre la idea del yo, quién soy yo. Cuando los alumnos llegan al postgrado entraron en la carrera de la producción de conocimiento, mi objetivo y mi necesidad es que sobrevivan. Vienen detrás mío, me siguen, los necesito, no deseo que se ubiquen en espacios tan peligrosos porque son muy jóvenes. Porque si no van a ser radicales,

y los modos en que los expuse son muy sofisticados. Les enseñó cómo actuar una relación con el positivismo, funcionalismo, marxismo, feminismo, les enseñó a bailar, a usar múltiples estrategias, cómo manejar sus cuerpos y sus emociones y dolores. Tienen que aprender a interactuar con los profesores, y a saber esconderse por un tiempo de un modo no destructivo, donde lo privado sea el espacio más político. Es un espacio en el cual ellos han creado con reflexividad. Cuando se llega a los cincuenta años tratamos de combinar ambos espacios, de reconocer cuando somos excesivos y a veces demasiado silenciosos. Lo fundamental es establecer un vínculo, un tercer espacio, una relación transferencial, construyendo la intersubjetividad que describe Levinas. Por eso, y con esto termino, por eso, estoy contenta de no tener veinte años.

Pecheny: El objetivo ahora sería relanzar este vínculo entre conocimiento, sexualidad y violencia. Lo que planteó Silvia al principio acerca de esta inescapabilidad de la cuestión de la violencia y la subjetividad cuando se investiga sexualidad.

Bennett: La relación entre la creación de conocimientos que toma las sexualidades seriamente, implica, para mí, tomar en serio la violencia. No se trata simplemente de una cuestión de reconocer al cuerpo, con todo lo que esto significa, es una cuestión de lenguaje, en su más complicada expresión. Existen espacios en los cuales no se puede hablar de experiencia. Durante el proceso de una investigación las relaciones que se establecen conllevan desafíos respecto, no sólo a la ética, sino a la vida propiamente dicha. Los desafíos consisten en el manejo de las emociones, y de la traición de uno como investigador de representar el dolor, el placer, la intensa combinación de ambos, confusión, espacios más allá del lenguaje, dentro del lenguaje, eso es una traición. Judith Butler afirma que el hecho de nominar es un acto de violencia, y en ningún momento es más verdadero que cuando uno trata de relacionar sexualidad, violencia y creación de conocimiento. Hay violencias de las cuales uno es responsable, en última instancia, nos lleva a la cuestión de las estrategias. Qué tipo de traiciones pueden ser justificadas en nombre de lo progresivo, más allá de lo que pueda querer decir progresivo, en

términos de agenda de justicia social. Porque uno tiene que ser capaz de dar cuenta de lo que encuentra. En última instancia no es solamente con las personas con las que uno trabajó, sino con uno mismo, por haber nombrado algo de lo que en realidad tiene que ser nombrado y tiene que ser posible de ser expresado con palabras.

Figari: Violencia ineludible.

Kornblit: Existe una violencia ineludible, aunque hay ciertos límites. Mencionaste situaciones que despiertan todo tipo de emociones durante el proceso de investigar violadores, proxenetas, podríamos añadir torturadores. Se puede establecer un límite como en psicoterapia y asumir, como casi todos los psicólogos o psicoanalistas, la postura de que existen ciertos casos, ciertas personas a las que casi todos los terapeutas generalmente se niegan a tratar, esto sería lo no nombrable, porque hay cierto límite que no se puede pasar cuando hablamos de esta posibilidad de poner en palabras la violencia, que siempre existe. Personalmente creo que es cierto que en toda relación de investigación donde uno invade la vida de los otros, hay cierta dosis de violencia ejercida, pero me da la impresión de que esto es una cuestión de límites. O sea que hay ciertos límites que uno puede asumir hasta cierto punto. En definitiva, que hay ciertas situaciones que no son investigables desde nosotros.

Chejter: Se me dispararon varias líneas de ideas. Jane, señalaste la cuestión de expresarse en primera persona. Creo que a esto hay que situarlo históricamente en el contexto de la politización de los temas y situaciones invisibilizadas, como el lesbianismo. Escribir en primera persona es una forma o estrategia de escritura. Está claro que siempre estamos, pero podemos usar estrategias de escritura diferentes y hasta opuestas. Lo voy a ejemplificar con el libro "Lugar común. La prostitución", (en prensa en Eudeba). El libro está organizado en dos partes: la primera es la transcripción literal de fragmentos de entrevistas a varones adultos, (un total de 115 entrevistas). El texto no incluye prácticamente ninguna interpretación o lectura de las entrevistas, que consideré serían redundantes. Y recurrí a citas literarias, filosóficas,

estadísticas económicas, etc. para generar en el lector un hilo de lectura. Y esta fue una manera de desdibujarme de borrar, de jugar a no decir, ya que "decir", interpretar era reiterar lugares comunes.

Figari: Yo diría que lo mejor que nos puede pasar es que no nos entiendan, porque es justamente la inteligibilidad el principio de dominación. Creo que nunca nos van a entender, a menos que permanezcamos cómodos en las categorías binarias y afirmemos uno de los pares, supongo que en nuestro caso el subordinado. Es una posibilidad, por cierto, y puede mejorar sustantivamente posiciones desventajosas, pero no creo que sea una solución. Con respecto al cuerpo y la investigación, no puedo desglosarme de mi cuerpo cuando investigo y, menos aún cuando escribo.

Chejter: La cuestión no es sólo provocar nomás, sino provocar qué.

Figari: La performatividad es exactamente eso y tiene relación con el desglose del cuerpo ¿Cómo actúa la travesti? En realidad lo que hace es repetir algo femenino, pero no es una mujer, es algo diferente. Provoca entonces, al mostrar que hay otro femenino posible, pero provoca más aún porque con ello evidencia que no hay femenino original y otros derivados, sino que todos son derivados de un original que no existe.

Reflexionando, además, sobre el tema del "yo" al cuál te referías, uso el yo en primera persona cuando escribo, porque no me puedo situar en una posición fuera de mí mismo, porque soy yo el que está armando ese concierto. Para los que realizamos tareas de investigación, sobre sexualidad o cualquier otra cuestión, no importa lo que haga, mi cuerpo, mi sexo están ahí presentes, todo el tiempo, Voy a dar un ejemplo. Cuando trabajo no puedo obviar y tengo que explicitar mi corporalidad, que tengo pene, que soy un varón, que soy blanco. Porque a la hora de realizar una investigación, por ejemplo como me tocó, con el tema de lesbianas, con algunas tuve grandes problemas porque tengo pene. No importa si soy o no heterosexual, mi condición de varón sesgó absolutamente el campo sobre la base de la desconfianza y no pude realizar el trabajo de campo. Pero comprendo también que tienen todo el

derecho a tener desconfianza. No puedo suponer que existe discriminación por parte de ellas porque históricamente han estado en una posición vulnerable en relación a algo que yo represento, aún cuando no lo quisiera hacer o me colocase desde otra posición de sujeto. Hay situaciones en que los investigadores debemos reflexionar y comprender la posición del otro y tomar una decisión sobre realizar un trabajo o no, porque el investigador está poniendo el cuerpo, y si ese cuerpo le molesta al otro habría que retirarse.

Una experiencia similar tuve por mi condición de blanco. Viví y trabajé muchos años en Brasil, en un programa para negros en el que era el único blanco. Creo que por varias razones, que sería largo de explicar, desplegué allí un vínculo emocional para que no me vieran como "blanco". En una conferencia de un profesor negro - de los pocos profesores negros que hay en Brasil- dijo, y con anuencia del auditorio, "uno tiene que tener en cuenta que hay algunos blancos buenos". Me sentí vulnerable, implicado a la vez que redimido en el "algunos buenos", pero también comprendí que fue una expresión de su experiencia de opresión. Lo que quiero significar con esto es que estoy poniendo el cuerpo todo el tiempo en esas relaciones. No puedo obviarlo a la hora de conectarme con el otro en cualquier vínculo e instancia de una investigación.

Kornblit: Me llamó la atención lo que dijiste en cuanto a que "me tocó" investigar a lesbianas. Me parece que no es una cuestión de azar, es que también ahí habría que ver esta disposición tuya, esta voluntad de acercarte a las lesbianas como objeto de investigación.

Figari: Me tocó sí, el tema me eligió ¿Sabés por qué? Porque hay un aspecto transferencial en la elección del tema de investigación ¿Qué es aquello que nos lleva a investigar? Es muy complejo analizar las razones, primero que nos llevan a investigar, después por qué investigamos concretamente esto o aquello. Simplemente creo que no podemos dar cuenta cabalmente de ello. Claro que también pueden darse razones estratégicas de esas elecciones. Pero la mayoría de esas "razones" provienen, del mundo del inconsciente, transferencialmente insisto,

porque son esos los temas que nos erotizan existencialmente y buscamos habitar ese lugar.

Chejter: Creo que tal vez haya alguna diferencia de enfoque entre nosotros. Existen razones racionales para la elección de temas de investigación que constituyen elecciones personales. Nos acercamos a determinados aspectos como para profundizar una investigación. A pesar de todos los aspectos que hemos mencionado relacionados con la posición situada de un investigador y, de todas maneras, la racionalidad y las posiciones teórico –ideológicas son fundamentales. Estas decisiones, creo, tienen que ver con las historias biográficas, es en este punto justamente, donde se entrelazan los aspectos de las biografías personales e intelectuales de los investigadores.

Pecheny: les agradezco a todos su participación en la mesa de debate.